

das investigaciones con que concluye la obra, ha procurado rectificar la cronología de los aztecas, y los varios errores de los escritores que le habian precedido. Pero el objeto ostensible conocido de su obra, era, sobre todo, vindicar á sus compatriotas de los agravios que en su concepto les habian inferido Robertson, Reynal y de Pau; y con respecto á los dos últimos, lo consiguió completamente. Esto debiera hacer sospechosa su imparcialidad, si la obra no pareciese en general escrita de buena fé. Aunque su celo patriótico le ha inducido á recargar sus pinturas con brillantes colores, no es ni aun en este defecto comparable á sus antecesores, mientras que él ha hecho una aplicacion de las reglas de la crítica, de que ellos no eran capaces. En una palabra, sus laboriosas indagaciones han reunido en un foco las luces que se encontraban esparcidas, purificándolas en gran parte de las nieblas de supersticion que oscurecian las mejores producciones anteriores á la suya. Todas estas razones le han valido el favor del público, y grangeádole cierta especie de reputacion popular, no obstante su cansada proligidad de algunas veces y el desagrado que causa esa profusion con que derrama á cada página nombres inusitados y en ortografía mexicana. Poco despues de la publicacion de la obra en Cesena, en 1780, fué traducida al inglés, y posteriormente al español y aleman.

## CAPITULO III.

Mitología mexicana. — Sacerdotes. — Templos. — Sacrificios humanos.

La organizacion civil de los aztecas estaba tan íntimamente ligada con su religion, que sin conocer esta perfectamente, es imposible formarse ideas exactas de su gobierno é instituciones sociales. Dejaré aparte por ahora algunas tradiciones notables por su analogía con ciertos pasajes de las Santas Escrituras, y procuraré bosquejar brevemente su mitología, é informar á mis lectores de las cuidadosas medidas que habian adoptado para mantener un culto nacional.

La mitología puede considerarse como la poesía de la religion, ó mas bien como el desenvolvimiento poético de los principios religiosos en las edades primitivas: es el esfuerzo que hace un hombre rudo para explicarse á sí mismo el misterio de su existen-

cia, y para descubrir los agentes secretos que presiden á los fenómenos de la naturaleza. Como que es una consecuencia del estado social, su carácter varía con el de las tribus donde ha nacido: el feroz godo, bebiendo dulces licores en el cráneo de su despedazado enemigo, debe tener una mitología sumamente diversa de la del afeminado nativo de la Hispaniola, que engaña las horas en muelles pasatiempos á la sombra de sus platanales.

En tiempos mas posteriores y menos incultos se encuentran á veces las leyendas primitivas, formando en manos de los poetas un sistema regular, y las toscas ficciones de los primeros tiempos, vaciadas en el molde de la belleza ideal, sirviendo de objeto de adoracion á las edades de la credulidad, y de delicia á algunas de las subsecuentes. Tales son las bellas invenciones de Hesíodo y Homero, como dice el padre de la historia, "fueron los padres de la teogonía griega;" asercion que no se debe entender muy literalmente, pues que ningun hombre es capaz por sí solo de crear el sistema religioso de su nacion: <sup>1</sup> todo lo que aquellos hicieron, se reduce á animar el sombrío bosquejo de la tradicion con los brillantes toques de su imaginacion creadora, hasta revestirla de esa belleza que cautiva la de los demas hombres.

<sup>1</sup> Herodoto Euterpe, sec. 53. Heeren ha aventurado un aserto igualmente atrevido con respecto á los poetas épicos de la India, «los cuales, dice, han inventado los numerosos dioses que llenan su panteon.» Indagad. hist. trad. Oxford, 1833, vol. III, pág. 139.

El poeta ejerce tambien su influencia en las sociedades ya formadas: nada digamos de la *Divina Comedia*; pero ¿quién despues de la lectura del *Paraiso Perdido*, no siente que sus ideas propias sobre los ángeles se avivan por las del inspirado artista? ¿Quién no ve adquirir realidad y formas corpóreas á las imágenes que antes vagaban á su vista incoherentes y confusas?

Al período últimamente mencionado sigue el de la filosofía, que amalgama las consejas de los primeros tiempos y las ficciones poéticas de los subsecuentes, y para no parecer impía, procura interpretar alegóricamente las invenciones de la mitología popular y ajustarlas á los principios rigurosos de la razon.

La religion mexicana ha nacido en el primero de esos tres períodos: apenas modificada por la influencia de la poesía, cayó en manos de los sacerdotes que le hicieron revestir un aspecto especial: el ceremonial que inventaron es el mas ostentoso y embrollado que jamas ha existido, procurando ocultar con el velo misterioso de la alegoría las tradiciones primitivas, y cargar á sus deidades de tributos groseros, que mas las asemejan á las grotescas invenciones de los pueblos orientales del antiguo continente, que á las ingeniosas ficciones de la mitología griega, cuyos dioses conservan siempre los caracteres de la humanidad por exagerados que estuviesen.

<sup>1</sup> El honorable Monzuart Elphinstone ha expresado el mismo

Lo que mas admira al estudiar el sistema religioso de los aztecas, es la disimilitud de sus diversas partes; unas parecen ser emanacion de un pueblo culto, y otras respiran un espíritu de ferocidad indómita; con lo que naturalmente viene la idea de atribuirlo á dos orígenes diversos, y de suponer que los aztecas recibieron de sus padres una fé mansa y suave, en la que despues ingertaron la suya propia. Esta llegó á predominar, y dió su negro colorido á las creencias de los pueblos conquistados por los aztecas, y que ellos, al uso de los romanos, incorporaron en su propia nacion; hasta que por último, la mas luctuosa supersticion envolvió todo el extenso territorio de Anáhuac.

Los aztecas reconocieron la existencia de un supremo Criador y Señor del universo: en sus oraciones se dirigian á él llamándole "el Dios por quien vivimos; el Omnipotente que conoce todos nuestros pensamientos y dispensador de todas las gracias; aquel sin el cual nada es el hombre, el Dios invisible, incorpóreo, de perfecta perfeccion y pureza, bajo cuyas alas se encuentra descanso y seguro abrigo."

Estos sublimes atributos suponen nociones algo modo de pensar al comparar la mitología griega y la del Indostan, en su Historia de la India, publicada despues de escrito el texto de esta página. Lib. 1º, cap. 4º. El mismo capítulo de esta obra verdaderamente filosófica, sugiere algunos puntos de semejanza muy curiosos con lo que hemos dicho de la religion de los aztecas, y podria ser de grande utilidad al que se propusiese descubrir las semejanzas que hay entre las razas asiática y americana.

perfectas de la divinidad; pero la idea de la unidad de un sér cuya accion y cuya volicion se confunden indivisiblemente, que no necesita de ministros inferiores para ejecutar sus designios, era demasiado simple ó demasiado desproporcionada al estado de los conocimientos de aquel pueblo: recurrieron, pues, como es costumbre, á la pluralidad de dioses que presidiesen á los elementos, al cambio de las estaciones y á las varias ocupaciones del hombre.<sup>1</sup> Habia trece deidades principales y mas de doscientas de órden secundario, á cada una de las cuales se habia consagrado un dia especial y una festividad propia.<sup>2</sup>

La primera de todas era el terrible Huitzilopotchli, el Marte mexicano, bien que es una injusticia

1 Ritter ha manifestado, valiéndose del sistema religioso del Indostan, la manera con que la idea de la unidad de Dios induce de por sí á la de la pluralidad. Historia de la filos. antig., lib. 2º, cap. 1º, Oxford, 1838.

2 Sahagun, op. cit., lib. 6, passim. Acosta, lib. 5, cap. 9. Boturini, idea, pág. 8, et seq. Ixtlilxochitl, op. cit. cap. 1º. Camargo, Historia de Tlaxcala, M. S.

Los mexicanos, segun Clavijero, creian en un espíritu maligno enemigo de la raza humana, y cuyo bárbaro nombre significaba *buho racional*. Op. cit., t. 2º, p. 2. El cura Bernaldez habla del diablo pintado en los vestidos de los indios de Columbia, bajo la figura de un buho. (Historia de los Reyes Católicos, M. S., cap. 131.) No debe sin embargo confundirse este diablo con el espíritu maligno de la mitología de las tribus norteamericanas. (V. Noticias de Heekewelder, en las transact. de la Sociedad Filosófica americana de Filadelfia, vol. 1º, pág. 205), ni menos aún con el principio del mal de las naciones orientales del viejo mundo. Entre las deidades, estaba un diablo, porque teniendo cada una un poco de mal, era preciso personificar á este en alguna de ellas.

comparar al heróico dios de la guerra de la antigüedad con este mónstruo sanguinario. El era la deidad patrona de la nacion; su tosca imágen estaba cargada de costosos atavíos; sus templos eran los mas suntuosos y augustos, y sus altares eran regados con la sangre de las hecatombes humanas, en toda la extension del imperio. ¡Cuán desastrosa debe haber sido la influencia de semejante supersticion en el carácter del pueblo!<sup>1</sup>

Un personaje mucho mas interesante de su mitología, era Queuzaltcoatl, dios del aire, deidad que durante su residencia en la tierra, instruyó á los mortales en la agricultura, el uso de los metales y el arte de gobernar. Fué seguramente uno de esos benefactores de su especie, á quienes deifica la gratitud de la posteridad. En su tiempo la tierra se cubria sin necesidad de cultivo de flores y frutos: una

<sup>1</sup> Sahagun, op. cit., lib. 3, cap. 1, et. seq. Acosra, lib. 5, cap. 9. Torquemada, op. cit., lib. 6, cap. 21. Boturini, Idea, págs. 27 y 28.

Huitzilopochtli es una palabra que significa *guainambi*, ó colibrí, é izquierdo, porque su imágen tenia cubierto el pié izquierdo con las plumas de este pájaro. (Clavijero, op. cit., t. 2º, pág. 17): es una etimología muy bella para deidad tan fea. Las formas fantásticas de los ídolos de los mexicanos, eran en alto grado simbólicas. Véase la sábia explicacion que hace Gama de la imágen de la diosa que se encontró en la plaza mayor de México (Descripcion de las dos Piedras, México, 1832, part. 1ª, págs. 34 y 44). La tradicion relativa al nacimiento, ó á lo menos á la aparicion en la tierra de este Dios, es curiosa. Nació de una mujer devota, que un dia asistiendo á un templo vió volar por los aires una bola de hermosísimas plumas: la cogió y la guardó en su seno: poco tiempo despues la mujer se hizo embarazada, y nació de ella el horroroso dios (igual á Minerva, en cuan-

mazorca de maíz era tan grande, que bastaba para formar la carga de un hombre: el algodón inculco tomaba por sí mismo todos los variados tintes que hoy le da el arte de los hombres; el aire estaba embalsamado con perfumes embriagantes, y lleno de las dulces melodías de aves canoras: en suma, eran los dias de halcyon, recibidos en tantos sistemas mitológicos del viejo mundo; era la *edad de oro* del Anáhuac.

Por quién sabe qué motivo no conocido, Quetzalcóatl incurrió en la cólera de uno de los principales dioses, y se vió obligado á abandonar el país. En su camino tocó en la ciudad de Cholula, donde habia un templo destinado á su culto, y cuyas macizas ruinas son hoy una de las mas interesantes reliquias de las antigüedades aztecas. Al llegar á las playas del golfo Mexicano se despidió de sus compañeros, prometiéndoles que él y sus descendientes volverían

to á nacer con todo y su armadura): trajo al mundo una lanza en la mano derecha, un escudo en la izquierda y su penacho de plumas verdes en la cabeza. (V. Clavijero, op. cit., t. 2º, pág. 19 y seq.) Iguales ideas tienen acerca del origen de su deidad principal los pueblos de la India, mas allá del Ganges y los del Thibet. Buda, dice Milman en su sábia y luminosa obra sobre la Historia del Cristianismo. Buda, segun una tradicion recibida en el Occidente, nació de una vírgen. Cuéntase lo mismo de Foi de China y Schakaof del Thibet, sin duda el mismo personaje, ya real, ya mitológico. Los jesuitas de China quedaron sorprendidos, dice Barrow, al encontrar en la mitología de aquel país creencias tan parecidas á la de la vírgen Deipará. La existencia de ideas religiosas muy semejantes en países habitados por razas tan distintas, es materia digna de estudio, pues que descubre uno de los mas importantes eslabones que unen entre sí á las distintas familias de las naciones.

á visitar aquella tierra, y entrando en su encantado esquite, hecho de pieles de serpientes, se embarcó en el grande Océano para la fabulosa tierra de Tlapallan. Decíase que era de alta estatura, de color blanco, de cabellera negra y flotante, y de barba larga. Los mexicanos confiaban plenamente en la vuelta de esta deidad benévola, y esta creencia, profundamente arraigada en sus corazones, preparó el camino, como lo veremos en seguida, á los futuros triunfos de los españoles.<sup>1</sup>

No tenemos tiempo para entrar en menudos pormenores respecto de las divinidades mexicanas: bástenos decir que los atributos de todas ellas estaban exactamente determinados, y que iban decreciendo

<sup>1</sup> Codex Vaticanus, lám. 15<sup>a</sup>, y Codex Telleriano. Remensis, part. 2<sup>a</sup>, lám. 2<sup>a</sup>, apud. antiquit. de México, vols. I y VI. Sahagun, op. cit., lib. 3, cap. 3, 4, 13 y 14. Torquemada, op. cit., lib. 6, cap. 24. Ixtlilxochitl, cap. 1<sup>o</sup>. Gomara, op. cit., cap. 222; en Barcia, historiadores primitivos de las Indias Occidentales, Madrid, 1749, t. 2<sup>o</sup>.

Quetzalcoatl significa «serpiente alada.» La última sílaba, que significa «gemelo,» ha sido para el doctor Sigüenza un argumento que prueba la identidad de este dios y del apóstol Santo Tomás (*Didymus* también significa gemelo), que se supone haber venido á la América á predicar el Evangelio. Esta opinión ha sido adoptada por muchos de sus compatriotas, con la misma confianza que tienen en la venida de Santiago apóstol los españoles. Véanse las autoridades y fundamentos que con toda gravedad alega el Dr. Mier en su disertación, en el apéndice á la obra de Sahagun, publicada por Bustamante, y en Veytia, t. 1<sup>o</sup>, págs. 160, 200. Nuestro ingenioso compatriota Madculloh, todavía atribuye al dios azteca una antigüedad mas venerable, pues lo supone idéntico al patriarca Noé! Véanse las investigaciones históricas y arqueológicas relativas á la Historia Aborígena de la América, Baltimore, p. 233.

en dignidad, en escala religiosa, hasta llegar á los *penates* ó dioses domésticos, cuyas pequeñas imágenes se encontraban hasta en la mas humilde cabaña.

Los aztecas experimentaron esa curiosidad propia del hombre, sea cual fuere el grado de civilizacion á que ha llegado, de levantar el velo con que está cubierto el misterioso tiempo que pasó, y el aun mas tremendo y misterioso que está por venir: se imaginaron, como las naciones del antiguo mundo, que se aliviarian de la opresora idea de la eternidad, dividiéndola en distintos cielos ó períodos de tiempo, cada uno de ellos de muchos millares de siglos. Habia cuatro de estos cielos, y al terminar cada uno de ellos, por agencia de uno de los elementos, la familia humana debia ser borrada de la tierra, y el sol arrojado de los cielos, inflamado de nuevo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Codex Vaticanus, láms. 7, 10; en antig. de México vols. I y VI. Ixtlilxochitl, op. cit., cap. 1.

Humboldt ha emprendido penosa tarea al querer trazar las analogías entre la cosmogonía azteca y la del Asia Oriental: ha buscado, pero en vano, un múltiplo que pudiese servir de llave para los cálculos de la primera. (Vistas de las Cordilleras, pp. 202, 212.) Parece que hay gran discordancia en los cómputos mexicanos, tanto acerca del número de revoluciones, como en cuanto á su duración. Un manuscrito que tengo á la vista de Ixtlilxochitl, reduce las primeras al número tres antes del estado actual del globo, y da á este 4394 años de duración. (Sumaria relacion, M. S. núm. 1.) Gama, apoyándose en la fé de un antiguo manuscrito indio, perteneciente á la colección de Boturini, VIII, 13, reduce aun á menos esta duración. (Descripc. de las dos piedras, parte 1<sup>a</sup>, p. 49, et. seq.) Mientras que los cielos de las pinturas del Vaticano le asignan cerca de 18,000.

Es digno de notarse con interes, cómo las conjeturas hechas en una edad ignorante, han sido confirmadas por las recientes indaga-

Imaginaron tres diversos estados de existencia en la vida futura: el malo, reservado á la mayor parte de los hombres, era para expiar las culpas, y consistía en una oscuridad eterna. Otra parte de los hombres, sin mas mérito que haber muerto de ciertas enfermedades caprichosamente elegidas, gozaba de una existencia vegetativa, de un estado de indolente satisfaccion. El mas alto destino estaba reservado, como en las mas naciones guerreras, para los que morian en los campos de batalla ó en los sacrificios: su suerte era pasar de una vez á la presencia del sol, y formando coros de canto y baile, acompañarle en su brillante carrera por los cielos: despues de algunos años sus espíritus venian á animar las nubes, los pájaros canoros de bello plumaje, y á vivir entre los ricos colores y deliciosos perfumes de los jardines del Paraíso.<sup>1</sup> Tal era el cielo de los aztecas, mas refinado en su carácter que el de los paganos mas adelantados, en cuyos Campos Eliseos se gozaba únicamente la gloria marcial ó los placeres.<sup>2</sup> Iguales

ciones de la geología; y puede esto considerarse como una prueba de que el aspecto actual de nuestro globo es el resultado de cierto número de convulsiones distantes una de otra tal vez millares de años y que han hecho desaparecer las razas entonces existentes.

<sup>1</sup> Sahagun, op. cit., lib. 3, apéndice. Cod. Vat. en antig. de México, láms. 1 y 5. Torquemada, lib. 3, cap. 48.

Este último escritor nos asegura: «que en cuanto á lo que decian los aztecas sobre irse al infierno, tenían razon; porque como morian en la ignorancia de la verdadera fé, todos deben haber ido sin duda alguna á sufrir las penas eternas.» (Ubi supra.)

<sup>2</sup> Esto da tan pobre idea de los placeres del Paraíso, que bien

rastros de refinamiento se descubren en la invencion de su infierno, del cual han desterrado toda especie de tormento corporal; circunstancia que contrasta notablemente con esos sistemas de tortura tan ingeniosamente inventados por el capricho de los pueblos mas ilustrados.<sup>1</sup> En todas estas cosas tan opuestas al carácter feroz de los aztecas, vemos una nueva prueba de que habian heredado de sus antepasados una civilizacion demasiado perfecta.

Los límites de nuestra obra solo nos permiten aludir á dos de sus ceremonias mas interesantes. Cuando moria una persona, se vestia su cuerpo con los vestidos propios de su deidad tutelar: se le envolvía en pedazos de papel, que le sirviesen como de resguardo contra los peligros del oscuro camino que iba á

pudiera decirse con la sombra de Aquiles: «que mejor queria ser el esclavo del último hombre en este mundo, que soberano entre los muertos.» (Odis., A., 488, 490.) Los mahometanos viven en la creencia de que las almas de los mártires pasan al cuerpo de los pájaros que frecuentan las mansas fuentes y umbrías enramadas del Paraíso. (Koran, de Sale, Lóndres 1825, vol. 1.º, pág. 106.) El cielo de los mexicanos y el del Dante se parecen mucho en sus placeres materiales: ambos están llenos de luz, armonía y movimiento. Recordemos que el sol era una de las ideas mas espiritualizadas de los aztecas, y como decia el otro:

«Quien mira el sol, una deidad divisa.»

<sup>1</sup> Es singular que el bardo tozcano, que agotó en su «infierno» todas las torturas del cuerpo, haya hecho tan poco uso de los tormentos morales. Si este olvido debe considerarse como una prueba de la barbarie de aquellos tiempos, es de extrañar que en otros posteriores se haya repétido: tal sucede con escritores serios y sublimes como el Dr. Watts, quien no se desdena de emplear esta misma maquinaria para conmover la conciencia de sus lectores.

atravesar. Si acaso era rico, se sacrificaba una turba de esclavos en sus exequias: el cuerpo era quemado y las cenizas reunidas en una urna, guardadas en uno de los aposentos de su casa. Hé aquí los usos de los católicos romanos, de los musulmanes, de los tártaros, de los antiguos griegos y romanos; ¡curiosas coincidencias que nos dan á conocer con cuánta cautela debemos proceder al deducir consecuencias fundadas en la analogía!<sup>1</sup>

Todavía mayores coincidencias con los ritos cristianos encontramos en las ceremonias que practicaban en el bautizo de los niños. Los labios y el pecho del infante eran bañados de agua: se imploraba al Señor, para que aquella santa agua borrara del niño el pecado con que habia sido manchado antes de la fundacion del mundo, de manera que el niño renaciese.<sup>2</sup> En muchas de sus relaciones encontramos las mayores analogías con la moral cristiana, sirviendo estas de ejemplo: “¿Es posible que este azote y este cas-

<sup>1</sup> Carta del Lic. Zuazo (Nov. 1521, M. S.) Acosta, lib. 5, cap. 8. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. 45. Sahagun, op. cit., lib. 3º Apéndice.

Algunas veces el cuerpo se enterraba entero, con valiosos tesoros si el difunto era rico. El Conquistador Anónimo, como él se llama, dice que el oro que sacó de una tumba subia á 3,000 castellanos. *Relatione d'un gentil' huomó*, en Ramusio, t. III, pág. 310.

<sup>2</sup> Este rito interesante se celebraba con gran solemnidad y formalidad, en presencia de los parientes y amigos, y ha sido descrito prolijamente por Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. 37, y por Zuazo, carta manuscrita: ambos fueron testigos de vista. Véase en el apéndice de la obra de Sahagun la parte relativa á esto.

tigo no se nos dan para nuestra correccion y enmienda, sino para total destruccion y aniquilamiento?—Y esto por solo vuestra liberalidad y magnificencia lo habeis de hacer, que ninguno es digno ni merecedor de recibir vuestras larguezas por su dignidad y merecimiento, sino por vuestra benignidad.”—“Sed sufridos y reportados, que Dios bien os ve, y responderá por vosotros, y él os vengará: sed humildes con todos, y con esto os hará Dios merced y tambien honra.”—“Tampoco mires con curiosidad el gesto y disposicion de la gente principal, mayormente de las mujeres, y sobre todo de las casadas, porque dice el refran, que el que curiosamente mira á la mujer, adultera con la vista.” La última máxima ofrece una analogía palpable con la Sagrada Escritura. Estas puras y elevadas máximas de moral, mezcladas, es cierto con otras pueriles y aun brutales, atestiguan que aquel pueblo tenia de los principios de moralidad esa percepcion confusa, propia del crepúsculo de la civilizacion. No debemos exigir ciertamente que la sociedad en semejante estado esté imbuida en altas y puras doctrinas inculcadas en los sabios códigos de la filosofía antigua.<sup>1</sup>

La mitología azteca, que no habia recibido la influencia hermosadora de la poesía, ni el refinamiento del espíritu filosófico, era la obra casi exclusiva de los sacerdotes, que con la mira de deslumbrar al pue-

<sup>1</sup> Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. 1, 2, 17, 22.